

IV

UNA MUÑECA ENTRA EN ESCENA

La hilera de tiendas al aire libre, que partía de la iglesia, se extendía, según recordará el lector, hasta la posada Thenardier. Aquellas barracas, á causa del próximo tránsito de los vecinos que iban á la misa del gallo, estaban todas iluminadas con velas que ardían en cucuruchos de papel, lo que, como decía el maestro de escuela de Montfermeil sentado en aquel momento á una mesa del figon Thénardier, producía « un efecto mágico ». En cambio, no se veía ni una sola estrella en el cielo.

La última de estas barracas, instalada precisamente frente á la puerta de los Thénardier, era una tienda de juguetes y muñecos, reluciente toda ella de oropeles, de cristalería y de cosas magníficas de hoja de lata. En la delantera de la primera fila habia colocado el vendedor, sobre un fondo de toallas blancas, una inmensa muñeca casi de

dos piés de alto, con un vestido de gasa color de rosa, espigas doradas en la cabeza, teniendo además pelo verdadero y ojos de esmalte. Durante todo el día habíase ostentado allí esta maravilla, embelesando á todos los transeúntes de ménos de diez años, sin que se hubiese hallado en Montfermeil una madre bastante rica, ó bastante pródiga, para dársela á su hija. Eponina y Azelma habian pasado horas enteras contemplándola, y hasta la misma Coseta, aunque á hurtadillas, habia osado mirarla.

En el momento en que salió Coseta, con su cubo en la mano, por más triste y abrumada que se hallase, no pudo sin embargo resistir al deseo de levantar los ojos hácia aquella prodigiosa muñeca, hácia *la señorita*, como ella la llamaba. La pobre niña se detuvo allí petrificada. Todavía no habia ella logrado ver de cerca aquella muñeca. Toda aquella barraca le parecia un palacio; aquella muñeca no era muñeca, era una vision. Era la alegría, el esplendor, la riqueza, la dicha, que aparecian en una especie de irradiacion quimérica á aquella desdichada criatura tan profundamente sumida en una fúnebre y glacial miseria. Coseta medía, con esa cándida y triste sagacidad de la infancia desgraciada, el abismo que la separaba de aquella muñeca. Decía para sí que era menester ser reina, ó princesa cuando ménos, para poseer una « cosa » como aquella. Y contemplando aquel hermoso vestido color de rosa, aquel bonito pelo, tan alisado, decía para sí: ¡ Qué dichosa será esa muñeca! Sus ojos no podían apartarse un instante de aquella tienda fantástica. Cuanto más miraba, mayor era su deslumbramiento y su fascinacion. Creía que estaba allí viendo el paraíso. Detrás de la grande, habia otras muñecas más pequeñas, que la parecían hadas y genios. El vendedor, que iba y venía en el interior de su barraca, se le figuraba á ella que era un sér semejante al Padre Eterno.

En tal éxtasis de adoracion, de todo se habia ella olvidado hasta de la doble comision, de que se hallaba encargada, el agua y el pan, cuando hé aquí que de improviso vino á llamarla al terreno de la realidad la bronca voz de la Thénardier gritándola : — ¡Cómo, bachillera, todavía no te has ido ! ¡Aguarda ! ¡ya voy allá ! ¡Vean ustedes qué tendrá que hacer ahí ese arrapiezo ! ¡Corre, maldita !

La Thénardier habia mirado á la calle y distinguido á Coseta en su extático embeleso.

Coseta se ahuyentó, con su cubo, y al paso más largo que la era posible.

V

LA NIÑA SOLA

Como la posada Thénardier se hallaba en aquella parte del pueblo que está cerca de la iglesia, Coseta tenía que ir á buscar el agua al venero del bosque por el lado de Chelles.

Ya no volvió á mirar ni una sola tienda de la feria. Mientras que iba por la callejuela del Panadero y en las cercanías de la iglesia, las barracas iluminadas le alumbraban el camino ; pero no tardó en desaparecer para ella el último resplandor de la última barraca. La pobre chica se halló en completa oscuridad. Penetró en ella ; y como se habia apoderado de su espíritu cierta conmocion, agitaba al andar, todo cuanto le era posible, el asa del cubo, á fin de que el ruido que hacia con ella la sirviese de compañía.

Cuanto más caminaba, más espesas se le hacian las tinieblas. Ya no se veia un alma por las calles. Sin embargo, to-

davía se encontró con una mujer que, al verla pasar, volvió la vista atrás y quedó inmóvil, refunfuñando entre dientes: ¿Pero adónde irá ahora esa criatura? ¿Será alguna brujita ó un duende? En seguida aquella mujer reconoció á Coseta y dijo: — ¡Toma, pues si es la Calandria!

Coseta atravesó así aquel laberinto de calles tortuosas y desiertas que termina por el lado de Chelles el lugar de Montfermeil. Mientras que tuvo casas, ó siquiera paredes á ambos lados de su camino, marchaba con bastante ánimo y resolución. De vez en cuando distinguía la luz de una vela al través de las hendiduras de una ventana; aquella luz era luz y vida para ella, pues viendo que allí había gente, se tranquilizaba. Sin embargo, á medida que avanzaba, acortábanse sus pasos como maquinalmente, caminando cada vez más despacio. Cuando hubo pasado la esquina de la última casa, Coseta se detuvo. Ir más allá de la última tienda la había sido difícil; pasar más allá de la última casa, la era ya imposible. Colocó el cubo en el suelo, se llevó la mano á la cabeza, y se puso á rascarse muy despacio, actitud propia de los niños amedrentados é indecisos. Ya aquello no era Montfermeil, era el campo. El espacio negro y desierto se hallaba en frente de ella. Miró con desesperación aquella oscuridad donde ya no había nadie sino animales dañinos, tal vez algún alma en pena, algún aparecido. Miró fijamente, y oyó en efecto las bestias que andaban por la yerba: también distinguió las almas en pena que movían las ramas de los árboles. Entónces volvió á tomar el cubo, y cobrando del mismo miedo resolución y audacia, dijo para sí: — ¡Vaya, la diré que ya no había agua! — Y entró de nuevo muy decidida en Montfermeil.

Cien pasos habría dado apenas cuando volvió á pararse otra vez y á rascarse lentamente la cabeza. Ahora, era la Thénardier, horrible, con su boca de hiena y la ira ardiendo

en sus ojos. La niña lanzó una mirada de espanto delante de ella y otra detras. ¿Qué hacer? ¿adónde ir? ¿qué iba á ser de ella? Delante el espectro de la Thénardier; detras, todos los fantasmas de la noche y de los bosques. La Thénardier fué la que la infundió mayor terror, y la hizo retroceder. Volvió, pues, á emprender el camino de la fuente, y echó á correr. Corriendo salió del pueblo, y corriendo entró en el bosque, no mirando ya á ningun objeto, no escuchando ningun ruido. No detuvo su carrera sino cuando la faltó la respiración, pero sin interrumpir su marcha. Iba siempre hácia adelante, como desatinada.

Sin dejar de correr tenía grandes ganas de llorar.

Toda ella se hallaba como envuelta por el estremecimiento nocturno de la selva.

Ya no pensaba, ya no veía. La inmensidad de la noche hacia frente á aquel sér miserable. Por una parte, toda la sombra; por otra, un átomo.

Desde la orilla del bosque hasta la fuente no había sino unos siete ú ocho minutos. Coseta conocía el camino, como que le recorría diariamente muchas veces. Cosa extraña, no se perdió. Un resto de instinto la conducía vagamente. Sin embargo, no dirigía sus ojos ni á derecha ni á izquierda, por temor de ver ciertos objetos pavorosos en las ramas de los árboles y entre las matas. Y así llegó por fin á la fuente.

Era esta un simple venero, es decir una estrecha cavidad natural, abierta por el agua en un suelo gredoso, como de dos piés de profundidad, rodeada de musgo, de ovas y de esas grandes yerbas abarquilladas que llaman en Francia collares de Enrique IV, y enlosada con unas piedras enormes. De aquel manantial salía un arroyuelo, formando un ruido tranquilo y apacible.

Coseta no tomó siquiera el tiempo necesario para respirar. Estaba muy oscuro; pero ella tenía la costumbre de

ir á aquella fuente. Buscó con la mano izquierda en la oscuridad un vástago de encina que se inclinaba sobre la fuente y en el cual solía ordinariamente apoyarse, halló una rama, se asió de ella, se inclinó é introdujo su cubo en el agua. Hallábase en un momento tan crítico, tan violento para ella, que sus fuerzas se triplicaron. Miétras que estaba así inclinada, no reparó que el bolsillo de su delantal se estaba vaciando en la fuente. Los quince sueldos del pan cayeron al agua, sin que Coseta se apercibiera de ello. Sacó el cubo casi lleno y le puso sobre la yerba.

Hecho esto, observó que se hallaba desfallecida de cansancio. Bien habria querido ella volverse á marchar en seguida; pero el esfuerzo para llenar el cubo habia sido tal, que no la fué ya posible dar un paso más. Vióse, pues, precisada á sentarse. Dejóse caer sobre la yerba y permaneció allí acurrucada.

Cerró los ojos, y volvió á abrirlos despues, sin saber por qué, pero no pudiendo ménos de abrirlos. Junto á ella, el agua agitada en el cubo formaba círculos que parecian serpientes de fuego blanco.

Sobre su cabeza, el cielo estaba cubierto de vastas nubes opacas, que eran como otros tantos muros de humo. El trágico disfraz de la sombra parecia inclinarse vagamente sobre aquella niña.

Júpiter se acostaba en las profundidades.

La niña miraba con su vista extraviada aquella grande estrella que ella no conocia y que la daba miedo. El planeta, en efecto, se hallaba á la sazón muy cerca del horizonte y atravesaba una espesa capa de bruma que le comunicaba un horrible color rojo. La bruma, lúgubrememente purpurada, aumentaba el tamaño del astro. Habríase dicho que era una herida luminosa.

Un viento frio soplabá de la llanura. El bosque estaba tenebroso, sin ningun ludimiento de las hojas, sin ninguno

de esos vagos y plácidos resplandores del estío. Grandes y horribles ramajes proyectaban sus sombras siniestras en el cielo opaco; matorrales mezquinos y de formas extrañas silbaban en los claros. Las altas yerbas hormigueaban bajo el cierzo como anguilas. Los espinos se torcian como largos brazos armados de garras que procuran asir la presa. Algunos brezos secos, lanzados por el viento, pasaban rápidamente y como si fueran huyendo de álguien que los perseguía. Por todas partes divisábanse lúgubres espacios.

La oscuridad es vertiginosa. El hombre necesita claridad. Todo el que se sumerge en lo contrario del dia siéntese el corazón oprimido. Cuando la vista ve negro, el espíritu ve turbio. En el eclipse, en la noche, en la opacidad fuliginosa, hay siempre ansiedad, áun para los más fuertes. Nadie anda solo de noche por la selva, sin experimentar cierto estremecimiento. Sombras y árboles, dos pavorosas espesuras. En la profundidad vaga, indistinta, aparece siempre una realidad quimérica. A pocos pasos de nosotros bosquejase lo inconcebible con una nitidez fantástica. Vese flotar, en el espacio ó en nuestro propio cerebro, un no sé qué de vago y de inapreciable como los sueños de las flores adormecidas. Hay en el horizonte actitudes siniestras. Aspiranse allí los efluvios del gran vacío oscuro. Se experimentan deseos y miedo al mismo tiempo de mirar hácia atrás. Las hondas cavidades de la noche, los objetos que aparecen huraños, perfiles taciturnos que se disipan á medida que uno avanza, oscuros desmelenamientos, matorrales irritados, charcos lívidos, lo lúgubre reflejado en lo fúnebre, la inmensidad sepulcral del silencio, los seres desconocidos posibles, misteriosas inclinaciones de las ramas, torsos de árboles espantosos, largas hebras de yerba temblando; halláse uno sin defensa contra todo esto. No hay osadía que no se conmueva y que no se sienta aproxi-

mar á la agonía. Experimentábase algo de horrible, como si el alma se amalgamara con la sombra. Esta penetración de las tinieblas es sobre todo siniestra en un niño.

Los bosques son apocalipsis; y bajo su bóveda monstruosa, el medroso aleteo de un alma inocente forma un ruido de agonía.

Sin que pudiera darse cuenta de lo que le pasaba, Coseta se sentía como sobrecogida por aquella negra enormidad de la naturaleza. No era sólo terror lo que se había apoderado de su espíritu, era algo más terrible aún que el terror. Estaba horripilada. Faltan expresiones para decir cuánto había de extraño en aquel extático horror, que la helaba hasta el fondo de su corazón. Sus ojos habíanse puesto huraños. Creía apercibirse de que tal vez no podría ella menos de volver á aquel sitio al día siguiente, á la misma hora.

Entonces, por una especie de instinto, con el objeto de salir de aquella extraña situación que ella no comprendía, pero que la asustaba, se puso á contar en alta voz uno, dos, tres, cuatro, hasta diez, y cuando llegó á este número, volvió á empezar. Este ejercicio la devolvió la verdadera percepción de las cosas que la rodeaban. Sintió el frío en sus manos, que se había mojado al sacar el agua; y se levantó. Entonces recobró el miedo, un miedo natural é insuperable. Ya no tenía sino un solo pensamiento, huir de aquel sitio, huir á toda prisa, huir por el bosque, por los campos, huir hasta las casas, hasta las ventanas, hasta las luces que se divisaban por las rendijas. Su mirada se fijó en el cubo que tenía junto á ella. Era tal el espanto que la causaba la Thénardier, que no se atrevió á huir sin llevarse consigo el cubo de agua. Cogió el asa con ambas manos. Costóla mucho trabajo el levantar aquel peso.

De esta manera dió como unos doce pasos, pero el cubo estaba lleno, pesaba mucho, y se vió obligada á hacerle descansar en el suelo. Respiró un momento, y después vol-

vió á levantar de nuevo el asa, continuando su camino, por algun tiempo más esta vez; pero todavía necesitó detenerse nuevamente. Después de algunos segundos de descanso, volvió á andar. Marchaba inclinada hácia adelante, con la cabeza baja, como una vieja; el peso del cubo envaraba y entorpecía sus delgados brazos. El asa de hierro acababa de aterir y de helar sus manitas mojadas; de trecho en trecho veíase obligada á detenerse, y cada vez que se paraba, el agua fría que derramaba el cubo le caía sobre sus piernas desnudas. Todo esto pasaba en el fondo de un bosque, por la noche, en invierno, léjos de toda vista humana; y era una niña de ocho años. Nadie sino Dios podía ser testigo de aquella triste escena.

¡Y sin duda también su madre la veía!...

Pues hay cosas que hacen abrir los ojos á los muertos en la tumba.

Resollaba con una especie de estertor doloroso; los sollozos la ahogaban, pero no se atrevía á llorar, tal era el miedo que tenía á la Thénardier, aún de léjos. Siempre acostumbraba á figurarse que la tenía delante de ella.

Entre tanto, caminaba muy despacio, no siendo posible hacer mucho camino de la manera que ella iba. En vano apeló al recurso de disminuir la duración de las estaciones, andando entre cada una de ellas el mayor tiempo posible. Calculaba con angustia que necesitaria más de una hora para llegar así á Montfermeil, y que la Thénardier la pegaría; y esta angustia se complicaba para ella con el espanto que la causaba el verse sola, de noche, en medio de un bosque. Estaba molida de cansancio, y aún no había salido de la selva. Llegada junto á un viejo castaño que ella conocía, hizo una postrera parada, más larga que las otras, para descansar bien, y en seguida reunió todas sus fuerzas, volvió á coger el cubo y á emprender la marcha valerosamente. Sin embargo, la pobre criatura, desesper-

rada, no pudo ménos de exclamar: ¡Ay Dios mio! ¡Dios mio!

En el mismo instante, sintió de improviso que ya el cubo no pesaba nada. Una mano, que le pareció enorme, acababa de coger el asa levántandolo vigorosamente. Alzó la cabeza, y vió que una grande figura negra, derecha y de pié, iba andando junto á ella en la oscuridad. Era un hombre que habia llegado por detras y sin que ella le hubiera sentido venir. Sin pronunciar una palabra, aquel hombre habia empuñado el asa del cubo que ella conducia.

Hay instintos para todas las situaciones de la vida.
La niña no tuvo miedo.

VI

QUE TAL VEZ PRUEBA LA INTELIGENCIA DE BOULATRUELLE

En la tarde de aquel mismo día de Navidad de 1823 paseaba un hombre, durante mucho tiempo, por la parte más desierta del boulevard del Hospital, en París. Aquel hombre parecia buscar dónde alojarse, y como que se fijaba con preferencia en las casas modestas de aquellos arruinados confines del arrabal de Saint-Marceau.

Más adelante veremos que este hombre alquiló en efecto una habitacion en aquel barrio aislado.

En su traje, como en toda su persona, realizaba aquel hombre el tipo de lo que pudiera llamarse el mendigo de buena sociedad, la extrema miseria combinada con la extrema limpieza: mezcla bastante rara, y que inspira á los coraones inteligentes ese doble respeto que se experimenta hácia el que es muy pobre y hácia el que es muy digno. Llevaba un sombrero redondo muy viejo y muy bien cepillado, una levita raída hasta el hilo, de paño burdo

amarillo de ocre, color que no parecía ser demasiado extraño en aquella época, un chaleco grande, con bolsillos, de forma secular, calzon negro que estaba ya pardo en las rodillas, medias de lana negra y gruesos zapatos con hebillas de cobre. Parecía un antiguo preceptor de buena casa vuelto de la emigración. Por sus canas, por su frente arrugada, por sus labios lívidos, por todo su semblante que respiraba el abatimiento y la lasitud de la vida, habríanle dado al verle más de sesenta años. Por su paso firme aunque lento, por el singular vigor que caracterizaba todos sus movimientos, apénas le habrían dado cincuenta. Las arrugas de su frente se hallaban bien colocadas, y habrían prevenido en su favor á cualquiera que le hubiese mirado con atención. Sus labios se contraían formando un pliegue extraño, que parecía severo y que era humilde. En el fondo de su mirada había cierta especie de serenidad lúgubre. Llevaba en la mano izquierda un paquetito atado con un pañuelo; y con la derecha se apoyaba en un palo cortado en algun seto. Aquel palo había sido trabajado con esmero, para convertirle en un baston medio decente, y, á la verdad, no tenía muy malas trazas: se había procurado sacar partido de los nudos, y figurado un puño de coral con lacre; era buenamente un garrote, que hacía oficios de baston.

Aquel boulevard es poco frecuentado, sobre todo en el invierno. El hombre, aunque sin afectación, parecía evitar más bien que buscar á los transeuntes.

El rey Luis XVIII iba en aquella época, casi todos los días, á Choisy-le-Roi, que era uno de sus paseos favoritos. Á eso de las dos, casi invariablemente, veíase el coche y la escolta régia pasar á toda carrera por el boulevard del Hospital.

Esto servía de guía y de reloj á las pobres mujeres de aquel barrio, que solían decir: — Son las dos, hé ahí que se vuelve ya á las Tullerías.

Y los unos acudían, y los otros formaban en hilera pues un rey que pasa es siempre un tumulto. Por lo demás, la aparición y la desaparición de Luis XVIII producían siempre cierto efecto en las calles de París: efecto rápido, pero majestuoso. Aquel rey impotente gustaba de ir siempre á galope; no pudiendo andar, quería correr. Aquel monarca estropeado se habría hecho arrastrar de buena gana por el relámpago. Pasaba, apacible y severo, por en medio de los sables desenvainados. Su berlina maciza, dorada toda ella, con grandes ramas de lis pintadas en los tableros, rodaba con estruendo. Apénas si dejaba el tiempo suficiente para dirigirle una mirada. En el rincón del fondo, á la derecha, veíase, sobre cojines forrados de raso blanco, una cara ancha, firme y bermeja, tersa frente, empolvada cabellera, mirada altiva, dura y penetrante, una sonrisa de letrado, sus grandes charreteras con canelones flotantes sobre un frac de paisano, el Toison de oro, la cruz de San-Luis, la cruz de la Legion de honor, la placa de plata del Espiritu-Santo, un vientre abultado y una ancha banda azul; tal era el rey. Fuera de París, llevaba su sombrero con plumas blancas sobre sus rodillas envueltas en grandes botines ingleses; al entrar en la ciudad, se ponía el sombrero y saludaba poco. Miraba friamente al pueblo, el cual le pagaba en la misma moneda. Cuando apareció por primera vez en el barrio de Saint-Marceau, todo el triunfo que obtuvo fué este dicho de un habitante de aquel arrabal á su camarada: « Ese gordo que ves ahí es el gobierno. »

Este infalible tránsito del rey por aquel sitio á la misma hora era pues el acontecimiento cotidiano del boulevard del Hospital.

El paseante de la levita amarilla no era evidentemente del barrio, y es probable que tampoco fuese de París, pues ignoraba este detalle. Cuando á eso de las dos desembocó

en el boulevard, despues de haber dado vuelta á la Sapectriere, el coche real, escoltado por un escuadron de guardias de corps galoneados de plata, fué sorprendido y casi asustado. No habia nadie más que él en la avenida, y se apresuró á colocarse detras de una esquina de la muralla, lo que no impidió que el señor duque de Havré le notara. El señor duque de Havré, como capitán de guardias que estaba aquel día de servicio, iba sentado en el coche frente al rey, y dijo á Su Majestad: — Allí está un hombre de bastante malas trazas. Varios agentes de policia que despejaban el paso á la régia comitiva, le observaron igualmente; uno de ellos recibió órden de seguirle. Pero el hombre se engolfó por las callejuelas solitarias del arabal, y como el día empezaba á declinar, el agente perdió su huella, segun consta del parte dirigido aquella misma noche al señor conde de Anglés, ministro de Estado, prefecto de policia.

Cuando el hombre de la levita amarilla huvo desorientado el agente, redobló el paso, no sin volver con frecuencia la vista atras para asegurarse de que no le seguian. Á las cuatro y cuarto, es decir, cuando ya era noche oscura, pasaba por delante del teatro de la Porte-Saint-Martin, donde se daba aquella noche la representacion de *los dos Presidarios*. Este cartel, iluminado por los reverberos del teatro, le chocó, pues aun cuando iba muy de prisa, se detuvo para leerle. Unos instantes despues, se hallaba en el callejon sin salida de la Planchette, y entraba en el *Plat d'étain*, donde estaba entónces el despacho de la diligencia de Lagny. Este carruaje salia á los cuatro y média. Los caballos estaban enganchados, y los viajeros. llamados por el conductor, escalaban á toda prisa los asientos de la imperial.

El hombre preguntó:

— ¿ Tiene usted un asiento ?

— Uno solo, á mi lado, en el pescante, dijo el cochero.

— Yo le tomo.

— Pues suba usted.

Sin embargo, ántes de marchar, el cochero dirigió una mirada al traje ménos que mediano del viajero, y á lo exiguo de su paquete, lo que le determinó á hacerle pagar el asiento adelantado.

— ¿ Va usted hasta Lagny ? le preguntó el cochero.

— Sí, contestó el hombre.

El viajero pagó hasta Lagny.

Y el coche echó á andar. Luégo que salieron fuera de barreras, trató el cochero de liar conversacion, pero el viajero no respondia sino por monosílabos. El cochero entónces tomó el partido de silbar y de echar tacos y blasfemias á los caballos.

Envolvióse él bien en su capote, pues hacia frio; pero el hombre parecia no pensar en ello siquiera. De este modo atravesaron á Gournay y á Neuilly-sur-Marne.

Á eso de las seis de la tarde se hallaban en Chelles. El cochero se detuvo, para dar algun respiro á los caballos, frente al meson de los carreteros instalado en el viejo edificio de la abadía real.

— Aquí me apeo, dijo el hombre.

Tomó su paquete y su palo y descendió del carruaje.

Un momento despues, ya habia desaparecido.

No entró en la posada.

Cuando, al cabo de algunos minutos, volvió á emprender el coche su marcha hácia Lagny, no le hallaron tampoco en la calle mayor de Chelles.

El cochero, volviéndose hácia los viajeros del interior, les dijo:

— Ese hombre no es de este país, pues yo no le conozco. Tiene trazas de no llevar un centavo, y sin embargo, muestra la mayor indiferencia por el dinero; paga hasta Lagny

y no llega más que á Chelles. Es de noche, todas las casas están cerradas, no entra en la posada, y no se le ve por ninguna parte. Parece que se ha hundido bajo la tierra.

El hombre no se había hundido bajo la tierra, sino que había recorrido en dos zancadas la calle mayor de Chelles en medio de la oscuridad, despues había tomado á la izquierda, ántes de llegar á la iglesia, el camino vecinal que conduce á Montfermeil, como habría hecho cualquiera que conociese el país y hubiese ya venido á él.

Prosiguió aquel camino á toda prisa. Al llegar junto al sitio en que le cruza la antigua carretera guarnecida de árboles que va desde Gagny á Lagny, oyó ruido como de gentes. Ocultóse en seguida en un foso, y esperó allí á que se alejaran aquellos pasajeros. Por lo demas, esta precaucion parecia ser casi superflua, pues, como ya hemos dicho, era aquella una noche de Diciembre muy oscura. Apénas si se distinguian dos ótres estrellas en el cielo.

En aquel sitio es donde principia la elevacion de la colina. El hombre no volvió á tomar el camino de Montfermeil ; sino que se dirigió hácia la derecha, y atajando, llegó á trancadas hasta el bosque.

Una vez entrado en el bosque, caminó ya más despacio, y se puso á mirar con la mayor atencion á todos los árboles, avanzando paso á paso, como si buscara y siguiera una ruta misteriosa, conocida de él solamente. Hubo un instante en que pareció como desorientado, y se detuvo indeciso. Por fin llegó, titubeando y á tientas, á un claro donde había un monton de grandes piedras blanquizas. Acercóse vivamente á aquellas piedras, y las examinó con atencion al traves de la bruma de la noche, como si las pasara en revista. Á pocos pasos del monton de piedras había un grande árbol, cubierto de esas excrecencias que son como las verrugas de la vegetacion. Fuése derecho á aquel árbol, y pasó la mano por la corteza del tronco, como si

tratara de reconocer y de contar todas sus verrugas.

Frente á aquel árbol, que era un fresno, había un castaño enfermo de un descortezamiento, al cual habían aplicado, para curarle, una faja de zinc clavada. Se empinó sobre las puntas de sus piés y tocó aquella placa de zinc.

En seguida fué pisoteando durante algun tiempo en el suelo, por el espacio comprendido entre el árbol y las piedras, como quien traía de asegurarse de que la tierra no ha sido frescamente removida.

Una vez hecho esto, se orientó, y volvió á emprender su marcha atravesando el bosque.

Esteera el hombre que acababa de encontrar á Coseta.

Caminando por el soto en la direccion de Montfermeil, había distinguido aquella pequeña sombra que se movía gimiendo, que depositaba en el suelo una carga en extremo pesada para ella, que despues volvía á tomarla, y á continuar su camino. Habíase acercado á ella, y viendo que era una criatura muy pequeña cargada de un enorme cubo de agua, se dirigió á la pobre niña, y sin decir una palabra cogió el cubo por el asa.